



Sebastián Pineda Buitrago  
*La crítica literaria hispanoamericana (Una introducción histórica)*  
Madrid  
Beatriz Viterbo Instituto Juan Andrés  
2022  
300 páginas

PALABRAS CLAVE: CRÍTICA LITERARIA – FILOLOGÍA – LITERATURA LATINOAMERICANA – TEORÍA LITERARIA  
KEYWORDS: LITERARY CRITICISM – PHILOLOGY – LATIN AMERICAN LITERATURE – LITERARY THEORY

### **Reivindicación de la filología: sobre una posible historia de la crítica literaria latinoamericana**

Facundo Gómez<sup>1</sup>

En las últimas décadas, acaso ante los embates de la revolución digital, la definitiva transformación del arte en la escena global y los sucesivos giros de las agendas teóricas, la filología ha vuelto a emerger como un modo posible de enfrentar la enésima crisis de los estudios literarios. Desde distintas perspectivas, autores como Ottmar Ette (2015), Raúl Antelo (2013), Daniel Link (2015) o Rafael Mondragón (2019), entre otros, han vuelto sobre la tradición filológica para repensar el sentido

---

<sup>1</sup> Doctor en Literatura (Universidad de Buenos Aires). Becario posdoctoral del CONICET, actualmente investiga sobre las transformaciones de la crítica literaria latinoamericana en la década de 1980, con foco en los encuentros de Caracas y Campinas organizados por Ana Pizarro. Dicta clases de literatura en escuelas secundarias y de teoría literaria en institutos de formación docente de la Provincia de Buenos Aires. Mail de contacto: [gomezefacundo@gmail.com](mailto:gomezefacundo@gmail.com)

de la teoría y la crítica literaria ante los desafíos de la contemporaneidad. Pues bien, *La crítica literaria hispanoamericana (Una introducción histórica)*, de Sebastián Pineda Buitrago, participa de este movimiento, aunque desde una inflexión muy particular: a través de una reivindicación restauradora, que se revela erudita, polémica y coherente en su tarea de recuperación y jerarquización.

El volumen traza una posible historia de la crítica literaria en América Latina, que se extiende desde la época de la colonia hasta la segunda década del siglo XX. Tal como el autor lo señala en el título, el trabajo se plantea como una aproximación y no como una lectura definitiva, en tanto se bosqueja una sucesión de referentes notables. El objetivo del libro es claro: “establecer una *tradición*, es decir, un proceso de continuidad” (Pineda Buitrago, 2022, 23), lo que significa que los esfuerzos se cifran en instaurar un linaje intelectual, que se instituye como modelo y norma legitimadora de todo ejercicio crítico: la filología entendida como estudio riguroso de la literatura desde las certidumbres del lenguaje, el diálogo con la filosofía y la historia y la inscripción plena en la tradición humanista occidental. *La crítica literaria hispanoamericana*, entonces, se puede leer en clave trágica como el ascenso y la caída de un discurso que nace y se consolida en tierras americanas para luego desintegrarse ante la erosión del posestructuralismo y la deriva culturalista.

El libro se concibe a sí mismo como una intervención urgente ante un panorama plagado de aporías y desaciertos. En ese mismo sentido, sobresale una frase que traza una analogía entre la moral y la crítica: “Como el antiguo moralista, el crítico literario ha de proveerse de opiniones razonables sobre cómo se debería actuar o cómo se debería justificar una conducta, privilegiando la inteligencia creativa y vital” (2022: 17). La cuestión del sujeto transparenta aquí su relevancia para la arquitectura argumental de todo el libro: quien escribe concibe su práctica y la del linaje que reconstruye como una acción moral trascendente, realizada en función de valores universales incuestionables y con una misión cuasi sacerdotal, cifrada en la filología como amor a las palabras y en su propia tarea como legislador, juez, jurado, letrado y perito. Ascende así un sujeto cartesiano, humanista y clásico, impermeable a cambios, tensiones, problemáticas y demandas del mundo contemporáneo. Desde allí se emprende entonces la empresa historiográfica.

La primera parte se titula “Escarceos de la crítica en la era colonial” y rastrea los primeros pasos del discurso crítico en la región. Se trata de uno de los momentos más logrados del texto, ya que el autor emprende una lúcida investigación de fuentes que logra iluminar la forma en que se piensa, escribe y discute sobre literatura en América durante los primeros siglos de la colonia. La exploración de archivo se enriquece con el conocimiento cabal de los debates filosóficos y religiosos en Europa de los siglos XIV, XV y XVI, además de una atención permanente a la historia española, lo que permite esclarecer el conjunto de problemáticas, tópicos, desafíos e

interlocutores de los escritores que surgían en el virreinato. Los capítulos que integran esta parte del libro analizan los comentarios del Inca Garcilaso y los debates sobre la conquista; colocan como hito inaugural de la crítica hispanoamericana al *Apologético* de El Lunarejo; piensan las querellas sobre el valor del legado de Góngora como una suerte de disputa entre las visiones metropolitanas y americanas del fenómeno literario; resaltan las creaciones de Sor Juana; rescatan ensayos ilustrados que han sido desplazados de las usuales lecturas; examinan la formación de la crítica en medios periódicos y su relación con la sátira, con foco en los trabajos de Espejo y Lizardi.

A continuación, “La crítica literaria en el siglo XIX” aborda el devenir de la disciplina en la etapa independiente de las naciones hispanoamericanas. Su punto de partida es un evento europeo (un gesto que se repite varias veces en el libro): así como la sanción del Código Napoleónico implica un cambio notable en la forma de entender la ley, el poder y los lazos sociales para Francia y el Viejo Mundo, en América la derrota del Imperio Español supone un nuevo régimen que debe crear sus fundamentos, tradiciones y lenguajes. Vale la pena resaltar la atención puesta en el código legal porque la cuestión legislativa es un hilo sustancial en la trama del texto. De esta manera, desde las guerras de independencia, autores como Olmedo y Rodríguez apelan a la épica y a la pedagogía como aportes a la fundación de las naciones recién emancipadas. Y en ese contexto surge el gran modelo de la crítica literaria de la época: Andrés Bello.

Pineda Buitrago enuncia sin rodeos que, a sus miras, Bello es el crítico más importante del siglo XIX. Y lo es, principalmente, por entender la centralidad que la lengua tiene para el desarrollo de las naciones y la construcción de la cultura. Confluyen en la labor del intelectual venezolano dos aspectos biográficos que entronizan su figura: la formación filológica y la dedicación civilizatoria. Tanto su estudio sobre el *Poema del Cid* como la *Alocución a la poesía* son comprendidos como dos operaciones claves. De la trayectoria de Bello también se rescatan la fundación de revistas literarias y su polémica con Sarmiento. Pero sobre todo se pondera su redacción del Código Civil de Chile. Sobre el hecho, añade el autor: “El legislar y el poetizar se armonizaron en su obra” (92). El gesto cierra la confección del modelo: la crítica hispanoamericana se jerarquiza cuando el saber filológico asciende como poder y es capaz de orientar y legislar.

El resto del siglo XIX introduce una cohorte de críticos cuya obra también es ilustre, aunque menos armónica. Por ejemplo, la posición sobre Juan María Gutiérrez cae en cierta ambigüedad. Por un lado, se celebra su formación filológica y sus trabajos sobre la poesía americana; por el otro, su decisión de renunciar a la Real Academia Española se expone con una notable distancia que sugiere una censura a lo que se entiende como “nacionalismo argentino” o “filología "liberal"” (107). Algo

similar ocurre con los colombianos Caro y Cuervo, sindicados como cultores de una filología militante, pero que se enredan en el dogmatismo neoclásico o en tajantes prejuicios de clase. A continuación, se revisan las obras de letrados mexicanos como Joaquín García Icazbalceta y Francisco Pimentel, cuyas obras son ensalzadas por constituir elaboraciones filológicas de gran calibre, y la de Manuel Gutiérrez Nájera, de talante polémico. Cierra el itinerario una mirada sobre los intelectuales finiseculares, con foco en José Martí y su lucha contra el positivismo.

“La crítica literaria en la primera mitad del siglo XX” es una de las partes más significativas de la obra debido a que relata el apogeo del discurso crítico en América Latina. Se inicia con Rodó y su articulación entre estética y moralidad como propuesta ante las crisis y transformaciones de principios de siglo. Continúa con Pedro Henríquez Ureña, cuyo magisterio intelectual queda refrendado mediante un estudio de sus contribuciones más relevantes. Luego, la indagación se posa sobre una de las cumbres del linaje crítico defendido, otra de las figuras intelectuales que se destacan como modelo: Alfonso Reyes. La valoración histórica del mexicano es múltiple. De sus realizaciones se resaltan ante todo su libro *El deslinde*, la obra capital de la teoría literaria latinoamericana, según el autor, y sus estudios sobre la antigüedad griega y los géneros clásicos.

Como corolario de esta luminosa legión de maestros se ubican los trabajos de María Rosa Lida. Su caso reúne varias aristas de la historización desplegada. Por un lado, su formación remite a la institucionalización de los estudios literarios en América Latina y sus raíces filológicas: Lida forma parte del instituto fundado por Amado Alonso y Henríquez Ureña en la Universidad de Buenos Aires, lo que la impulsa a construir una práctica crítica anclada en la tesitura lingüística de las obras. Por otro lado, su interés por el helenismo judío y la herencia grecolatina en la literatura de la Edad Media y el Siglo de Oro revela un saber humanístico universal que dialoga de igual a igual con grandes referentes de la disciplina. No obstante, el valor de su figura para la historia de la crítica literaria hispanoamericana reside en que su figura representa el eclipse del linaje. Pineda Buitrago especula que la pretensión de los hermanos Alonso por construir una “ciencia de la literatura” demasiado autosuficiente y encadenada a los preceptos de la estilística alejó a la filología de la tradición del “ensayo-crítico”, lo que produjo que el tipo de estudio desplegado por Lida empezara a quedar desplazado de la investigación crítica. El colapso del linaje aparece como un hecho fatal: “El fin de la filología es el comienzo de la disolución de la crítica literaria en lingüística y estudios culturales” (173).

Después de las tres etapas ya consignadas, organizadas en estricto orden cronológico, *La crítica literaria hispanoamericana* presenta una operación extraña, que rompe con la periodización y que no termina de ser justificada: la inclusión de un apartado titulado “Los poetas como críticos”, formado por el examen de la obra

crítica de Borges, Huidobro, Vallejo, Lezama Lima y Paz. ¿El Lunanejo, Sor Juana y Martí no son poetas que ejercen la crítica? ¿no deberían estar ellos también incluidos en una sección aparte? ¿por qué los primeros autores quedan separados de la historización principal, si sus intervenciones en tanto poetas no conforman un fenómeno específico del siglo XX? Incluso si la decisión se apoya en esta última observación y, en efecto, el surgimiento de los poetas-críticos fuera un acontecimiento posterior al novecientos... ¿no sería más preciso articular las intervenciones de Borges, Huidobro y Vallejo con las de Reyes y Henríquez Ureña, en el contexto de las vanguardias? ¿por qué ese diálogo queda roto? Otras preguntas asedian a esta parte del libro. Una de las más desconcertantes es por qué Mariátegui se coloca entre los poetas críticos: ¿alcanza con afirmar que “sus ensayos adquieren a menudo la temperatura de un "poema en prosa"” (191)?

Entre los escritores agrupados en esta parte del libro, se destaca el último gran héroe de la tradición: José Lezama Lima, cuyos textos despiertan admiración fervorosa. Cualquier lector de literatura latinoamericana no podría estar en desacuerdo; sin embargo, la celebración del cubano en el marco de la historia planteada plantea ciertas cuestiones que iluminan el punto de vista del autor y de todo el panorama bosquejado. Primero, su efigie se pondera al registrar un saber filosófico superior, “desde el espíritu de Salamanca hasta Descartes” (194). Luego, se indica que su tentativa se nutre de la tradición filológica más excelsa y que supera en términos metodológicos el trabajo de Curtius, al lograr una mirada histórica atravesada por la ficción y fijada en la expresión hispánica. Finalmente, se consigna que el gran triunfo de Lezama reposa en una acumulación de particulares atributos: es respetuoso de la tradición europea y sensible a la creación latinoamericana, tiene una aspiración universal, escribe una teoría estética sólida, coherente y “anti-moderna” (198) y se opone a las vanguardias y a las modas académicas.

Con semejante impugnación de la modernidad crítica, es esperable que la obra concluya con una valoración adversa de la crítica literaria que siguió a los distinguidos ensayos de Lida y Lezama, tal como se lee en la quinta parte. Su título “La teoría crítica de la segunda mitad del siglo XX” parece sugerir que ya no hay verdadera crítica literaria desde 1950 en adelante, sino que desde entonces se comprueba una caída en ciertas tendencias teóricas que se consideran inconducentes. El eje está puesto en el posestructuralismo, considerado como una auténtica “tragedia hermenéutica” y definido por el autor como “una legión o combinación aleatoria de psicoanálisis, lingüística y antropología que no busca decir la verdad ni instalarse en lo general o lo particular, sino suscitar un permanente *relativismo*” (215). La claudicación de la razón universal dinamita todo linaje filológico y conduce a una crisis sin salida para la crítica local, atrapada en la herejía posestructuralista. Dentro de esta constelación teórica se encuentran los trabajos de

Antonio Cornejo Polar, Walter Mignolo, Carlos Rincón, Carlos Monsiváis, Josefina Ludmer, Beatriz Sarlo, Roberto González Echavarría y Beatriz González Stephan. Todos ellos son revisados de manera sumaria, poco detallada, como si su inscripción teórica no exigiera justificación ni sus textos revelaran algún grado de trascendencia. El único autor que escapa a esta tendencia es Rafael Gutiérrez Girardot, quien conjuga saber filosófico, rigor filológico y una desconfianza constante contra las modas teóricas. El colombiano se representa como un cruzado contra el relativismo irracionalista del pensamiento moderno y las inconsistencias metodológicas de la crítica vernácula.

Se puede decir que *La crítica literaria hispanoamericana (Una introducción histórica)* constituye un aporte a los estudios literarios contemporáneos por su amplio y destacado trabajo de archivo, así como también por la intención de reconstruir un linaje intelectual en debate con ciertas agendas contemporáneas que tienden a relativizar los aportes coloniales, desplazar las intervenciones letradas del siglo XIX o a censurar aquellos textos que se inscriben a sí mismos en saberes universales, tradicionalmente establecidos. No obstante, es necesario remarcar lo problemático de la operación historiográfica central, apoyada en el reforzado dispositivo jerarquizador. Al recapitular su tentativa, el autor apela a una imagen visual y utiliza la imagen de la pirámide, en cuya base se asienta la era colonial, con los trabajos del Inca Garcilaso y el género “comentario”, toma forma en el siglo XIX con el impulso de Bello y alcanza “la cima con dos gigantes del humanismo del siglo XX, Alfonso Reyes y Lezama Lima” (258).

Las consecuencias de la metáfora piramidal son graves: así como el monumento referido supone trabajo esclavo que es invisibilizado en función de la majestuosidad de la obra, la historia de la crítica asentada en los grandes nombres relativiza, silencia y borra otros sujetos también centrales en una labor colectiva, construida a través de una serie de procesos históricos, redes intelectuales, proyectos y debates que apenas son considerados en la obra. En el mismo sentido, el libro adquiere un sentido teleológico y escatológico: desde la colonia, todos los textos parecen ensayos de una realización que recién se alcanza en el siglo XX y que enseguida se eclipsa, para concluir en la desintegración total y repentina de un linaje secular, que deja a nuestra contemporaneidad crítica huérfana de antecedentes cercanos que merezcan estudio e interlocución.

La historia de Pineda Buitrago abjura de toda modernidad teórica e incluso de la idea misma de teoría literaria, tras la cual parecen estar emboscados los espectros de la inespecificidad, la ideología o el relativismo. Resulta muy difícil abreviar en tales imprecaciones para pensar los actuales desafíos de los estudios literarios y la crítica latinoamericana, ya que la complejidad del mundo contemporáneo amerita considerar posibilidades, referentes, conceptos, métodos,

lecciones y giros que vayan más allá de las certidumbres disciplinarias y culturales de una filología europea y un pensamiento universal congelados hacia mitad del siglo XX.

Hay ciertos aspectos del libro que presentan una productividad innegable, pero que se enuncian al pasar o se postergan para futuras elaboraciones. Por ejemplo, la idea de reformular la historia de la crítica a partir de los procesos de institucionalización. O la observación en torno a la obra de Martí y de Reyes acerca del impacto del desarrollo de las nuevas técnicas (como la fotografía o el fonógrafo, respectivamente), en la manera de escribir y concebir la práctica crítica. Tal vez la frase más fértil para continuar pensando nuestras tradiciones como críticos de la literatura latinoamericana sea aquella que Pineda Buitrago escribe luego de aceptar las limitadas posibilidades individuales que todo ensayo historiográfico de semejante calibre supone. En el prefacio, el autor dice que más allá de la realización puntillosa, lo que le interesa es el deleite mismo en la lectura. A pesar de las impugnaciones contra el posestructuralismo, su sentencia de que el acercamiento a nuestras letras se debe principalmente a un deseo y a un placer borrona el gesto de censura metodológica para abrir la escritura a posibilidades menos adustas y a pulsiones más emancipadas.

En todo caso, *La crítica literaria hispanoamericana (Una introducción histórica)* ofrece tanto una investigación imprescindible sobre nuestros estudios literarios como una postura polémica que llama al debate honesto acerca cómo pensamos nuestra tradición y con qué armas de la crítica afrontamos el devenir de las letras latinoamericanas en un mundo globalizado cada vez más plagado de catástrofes e incertidumbres.

## Referencias bibliográficas

- Antelo, Raúl (2013). “Por una archifilología latinoamericana”. *Cuadernos de Literatura*, XVII, 33, 253-281. Disponible en <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/cualit/article/view/5597>. Fecha de visualización: 20 de febrero de 2023.
- Ette, Ottmar (2015). *La filología como ciencia de la vida*. Compilación de Sergio Ugalde. México: Universidad iberoamericana,
- Link, Daniel (2015). *Suturas: escrituras, imaginación, vida*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Mondragón, Rafael (2019). *Un arte radical de la lectura: constelaciones de la filología latinoamericana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.